

Filosofía para el tiempo presente*

Christiane Frémont**

Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu-Castaño
Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia
lapalau@gmail.com

*A la querida memoria
de Annette Schlumberger,
nuestra amiga.*

Si se caracterizara la obra Michel Serres, yo diría que (más que cualquiera otra contemporánea) ella ha construido pacientemente la filosofía que le conviene a nuestro tiempo. Pues ha sabido captar pronto la exacta medida de las transformaciones de las que fuimos testigos desde los años cincuenta al menos, anticipando incluso la importancia y la irreversibilidad de su impacto en el mundo físico y humano. Nuestra época es extraña: milagrosa por la extensión de sus conocimientos y su éxito científico y técnico, promotora por su capacidad de prosperidad, pero devastadora por sus efectos de empobrecimiento, devastadora por el estado de la tierra y sus vivientes, desconcertadora en sus elecciones estéticas y catastróficas, en sus conductas éticas y religiosas. “Hominescencia”, demasiado pronto calificada por los periodistas de libro optimista, da un balance que a menudo deja trasparentar el desconcierto de este tiempo; si su autor saca de aquí un esbozo de programa rico en posibilidades que en efecto tienden a la optimización (pero la palabra nunca ha sido sinónimo de optimismo), es por haber sacado las lecciones de los medios por los cuales nos hemos vuelto así, y haberlos vuelto a sumergir en el largo término de la historia del tiempo.

La obra entera y desde sus comienzos anuda el inventario y la invención, una y otra se enriquecen mutuamente como lo deseó y lo hizo en la época clásica europea ese Leibniz del que Michel Serres (2001) ha partido, al que realmente

* Cómo citar: Frémont, Ch. (2019). Filosofía para el tiempo presente. *Ciencias Sociales y Educación*, 8(16), 189-203. DOI: <https://doi.org/10.22395/csye.v8n16a13>

Traducción realizada por Luis Alfonso Paláu-Castaño. Agradecemos la editorial L’Herne permitir el acceso del libro en francés para su versión, en partes, en español.

Recibido: 10 de agosto de 2019.

Aprobado: 20 de septiembre de 2019.

** Doctora en filosofía. Pensionada de la Fundación Thiers. Encargada de investigación en el CNRS (Centro Chevrier-Universidad de la Borgoña). Dirige las publicaciones del Corpus des œuvres de philosophie en langue française. Principales obras: *L’Être et la relation* (Vrin, 1981); *Leibniz, Discours sur la théologie naturelle des chinois* (L’Herne, 1987); *Singularités. Individus et relations dans le système de Leibniz* (Vrin, 2003); *Que me contez-vous là? Diderot, la fabrique du réel* (Dialogues, 2010).

no ha dejado nunca, yendo como él de un pensamiento de tipo estructural salido de las matemáticas a una exploración de lo real (natural y humano) que toma la forma de un relato. Historiador de las ciencias —puesto que tal fue después de todo, su estatuto en la Universidad, dado que los filósofos de oficio nunca lo integraron a su disciplina— prosiguió su largo trabajo de escritura pensando en el mundo, el conocimiento, las culturas y el trabajo de la ciencia, como una historia mezclada, el relato de esta alianza de contingencia y de necesidad que engendra y hace durar todas las cosas.

Enciclopedia

El inventario es la enciclopedia; la obra sino habla de todo, por lo menos pasa por todas partes; encuentra el *corpus* entero de las ciencias duras y blandas, puesto que, si no se sumerge en ella explícitamente, por lo menos dibuja sus tangencias. Más bien, las interferencias y las traducciones en vecindarios a menudo inesperados y siempre productivos; de acá nacerá la invención. El inventario concierne ante todo al pasado, cosa fácil; pero en esos saberes antiguos y diversos (ya se digan en prosa o en verso, en lengua matemática o sagrada, técnica o pictórica) el envite, el juego y el placer, consisten siempre en descubrir los lugares de nacimiento del saber y la manera como se tejen los conocimientos. La historia de la filosofía es aquí antes que una disciplina razonada, una caja de Pandora llena de hallazgos, entre los cuales es preciso saber sacar de los buenos lugares y en el momento oportuno para producir un excedente de saber. No se trata ni de repetir ni de comentar estos tesoros, sino de servirse de ellos, de hacer brillar su novedad para descifrar o construir el nuestro. El inventario del presente es un deber más difícil que supone un conocimiento fino y preocupado por ponerse al día en el trabajo científico en curso. Hasta el siglo XIX, los filósofos fueron también hombres de ciencias; ¿qué significa el corte de acá en adelante admitido y practicado entre las ciencias y las humanidades? *El tercero-instruido (1991)* ¿la mínima cortesía?; con toda seguridad el mejor medio de ser un filósofo contemporáneo del mundo donde vive. Michel Serres es sin duda el último de nuestros enciclopedistas. El horizonte científico de sus escritos —con frecuencia no dicho, por no decir impensado— constituye quizás la dificultad de sus obras, pero también su originalidad por resultados inesperados y sin embargo pertinentes.

El recorrido enciclopédico es a la vez canónico e inusitado. Nada o casi nada (¿La psicología?, sin duda, porque ella deriva infaliblemente hacia la patología!), faltan: matemática, física, metafísica, biología, medicina, literatura, ética, religión, arte. Pero el recorrido no es una partición puesto que conecta las ciencias exactas y humanas; no sistemáticamente por un principio de orden que construiría la unidad del saber, pero sí allá y acá, en enlaces singulares y

diferenciados según los contenidos; por ello efectos localmente de coherencia e inteligibilidad en el campo del conocimiento. Algunos ejemplos puntuales serán suficientes. Matemática y música: Xenakis y la teoría del ruido; matemática y pintura: Vermeer, Poussin y el álgebra de estructura, los impresionistas y el plano de Poincaré. Física y filosofía: Lucrecio y Arquímedes; física y pintura: La tour y la estática, Turner y Carnot; física y literatura: Zola y la termodinámica, Musil y la meteorología. Finalmente, con Julio Verne los saberes y lo religioso. En estas conexiones, interferencias o traducciones, ninguna jerarquía de lo que explica a lo explicado, los contenidos son referencias los unos para los otros, efectos del trabajo de racionalización que caracterizan un área cultural o un momento de historia, siguiendo sus herramientas de comprensión.

La enciclopedia practicada aquí no es una cartografía del saber (Leibniz ya rehusaba la imagen; las ciencias no son como continentes sino como una mar continua dividida en océanos) y mucho menos una clasificación a la manera de Auguste Comte, que define los saberes según sus objetos y somete el conjunto a una ley global repetida en los sub-conjuntos; sino una red en la que no se impone ni centro ni recorridos privilegiados, porque las relaciones entre los saberes son múltiples y en el balance todo se vuelve conexo. Michel Serres ha conservado todo de la red leibniziana excepto el punto fijo. Ni centro ni ciencia reina, tanto más cuanto que la práctica del saber hoy, su inserción en la sociedad, prescribe enlaces laterales entre todos los campos; ya no existe ninguna cuestión científica, técnica, económica, médica, etc. que no conduzca al derecho, a la ética, a la religión, etc.

Invención, personajes

La invención es la construcción de conceptos para la comprensión de las cosas y su significación, incluso la anticipación sobre el estado de nuestros saberes y su relación con un mundo en plena mutación. La filosofía tiene por tarea inventar nuestra concepción del mundo, haciendo entrar en nuestro lenguaje, es decir en nuestro pensamiento, todo lo que contribuye a la inteligibilidad del mundo físico, de los vivientes, de las colectividades y las conductas humanas. Para encontrar puntos de referencia en la acumulación de objetos que hay que pensar, y para darle coherencia y sentido, se hacen necesarios caminos y mojones. La serie de los *Hermes* tomada globalmente, es el método de investigación propio de Michel Serres, donde cada uno inventa un concepto subyacente a objetos o saberes que de repente se aclaran mutuamente, ganan en “compreensión”.

Los filósofos frecuentemente tienen figuras u objetos que son como claves para la “compreensión” de la obra: Platón, Leibniz, Diderot tienen de esos mediadores que circulan y actúan en su espacio de pensamiento. Seguro que son

objetos de pensamiento, pero también sujetos del pensar: cuasi-objetos. ¿Tales como los que funcionan en los colectivos humanos? Deleuze el amigo discreto de siempre, escribía que si los conceptos si son creadores de pensamiento son como personajes, heterónimos del filósofo; para nada imágenes, símbolos ni emblemas, más bien alegorías, “potencias de concepto” que pertenecen al plano que los contiene, pero lo trazan como tal y ordenan el discurso que lo explica; el plano que los comprende está comprendido por ellos, “comprensión” se dice en su doble acepción, y es así como el sentido es inmanente a los objetos del discurso. Los “personajes conceptuales” no son el efecto de un *cogito* ni del espíritu absoluto, sin embargo es a partir de ellos y a través de ellos que se construye el saber, sin discurso del método previo. Quizás de aquí viene que Michel Serres no haya formado ni escuela ni discípulos; en él nunca se sabe de dónde vendrá el saber, pues los desplazamientos de un mismo personaje/ concepto permanecen imprevisibles. ¿Qué puente hay de la *Comunicación* a la *Distribución*? (1968) Si hay invariante en el cuestionamiento, todo cambió en los objetos, las circunstancias, los referentes y referencias, es el mismo mundo y es otro mundo, otro saber, otra mira.

Para aprehender la obra es conveniente reemplazar la lista de las obras o de las cuestiones por la de los personajes, sin prejuizar si esta galería de retratos constituye una familia o sigue siendo una simple caja de herramientas... En tanto que los personajes conceptuales no siempre son personas, también se encuentra entre ellos lo que (a falta de mejor nombre) yo llamaría “cosas”, que se encuentran en la naturaleza física y animal como en los conocimientos y las prácticas humanas —y que a veces incluso conectan los tres campos—. Que se me perdone si la serie a granel, se parece un poco al famoso poema de Prévert o a una lista de Borges; por lo demás contiene también ratas y laberintos (bajo su encanto heteróclito trabaja la serie del concepto): Hermes, el Parásito, Arlequín, la Bella Furiosa o la *Noise* “Furi”, el Hermafrodita, el Tercero-instruido, *Tarpeia*, Proteo, la Turbulencia, el Cuasi-objeto, el Flujo, el *Clinamen*, el Hominescente, el Incandescente, el Sucio.

Es necesario llamarlos conceptos porque ellos designan a la vez un contenido semántico y una función lógica: Hermes es la noción genérica de comunicación y un instrumento de análisis e interpretación; el Parásito designa un organismo, una persona, un ruido y la función-parásito da cuenta de procesos que conciernen al viviente, al colectivo, a la información; la Furia y la Turbulencia son fenómenos de la naturaleza, que ofrecen un operador de inteligibilidad a la cuestión de los comienzos. El Tercero-instruido, el Hermafrodita, el Cuasi-objeto más allá de su sentido propio, inventan una lógica del tercero incluido adaptada al cambio y la contingencia. Por esto los personajes conceptuales trabajan por todas partes, cada uno parecido y diferente, se reencuentran de un libro al otro para abrir un

nuevo camino al pensamiento, a la ocasión, en tal sitio, en el buen momento, sobre tal objeto que se presenta o que hay que construir y exige comprensión.

Los personajes conceptuales forman la obra, la informan y le dan su forma, no como unidad, totalidad, mucho menos como una arquitectura (pues no tiene ni principio ni fundamento); esto contravendría su profunda significación. Le convendría mejor la metáfora leibniziana de la mar dividida en océanos, donde todo es conexo y diferente; un paisaje líquido en el cual corrientes submarinas conducen de repente bien lejos pero sin ruptura. El Parásito lo pasea a usted entre el viviente, lo social, la información; no del uno al otro, pues no existe ningún camino deductivo ni demostrativo. Sin embargo, es todavía Hermes el que por allí avanza, enmascarado, puesto que se trata siempre de comunicación. Inversamente, el pensamiento del sujeto (¿quién es yo?) moviliza muchos personajes: Tarpeia, Proteo, el Hermafrodita, el Incandescente, extrañas conexiones entre el aniquilamiento y lo posible. Así avanza la obra: “procede”, siguiendo ese método que Michel Serres (1995) llama en su *Elogio de la filosofía*, “procedural”, para oponerlo al “declarativo” este último demuestra a grandes golpes de definiciones e inferencias necesarias, aquél establece paso a paso secuencias contingentes conectándolas, cruzando, traduciendo múltiples datos. De ello resulta de nuevo y de otra manera una obra enciclopédica, no tanto por las disciplinas que convoca como por los grandes objetos que ella trata: el saber, el mundo, el viviente, el hombre, en suma: todo lo que ocupó a los filósofos, de Platón a Bergson. Sería tentador y pedagógico, ver en esta partición una clasificación duplicada en una cronología. De hecho, la obra parece comenzar por la teoría del conocimiento e ir hacia las ciencias del hombre; de hecho, tiene en cuenta la epistemología, la física, las ciencias del viviente, lo político, la religión, la ética. Pero esto conduciría a imponer una forma inadecuada a la intuición filosófica subyacente; pues los cinco “Hermes”, como “Hominescencia”, conciernen el saber seguramente, pero también el mundo y el hombre; “Ríos y turbulencias” el mundo y el saber; “Génesis” y el “Contrato natural” el mundo y el hombre; *El parásito* el saber, el viviente, el hombre, etc. Se tiene trabajo en clasificar, delimitar, organizar, puesto que siempre los personajes conceptuales indisciplinados vienen a desarreglar el bello ordenamiento. Consolémonos, el propio autor se desenvuelve muy mal —¿O muy bien?— con sus tablas de capítulos; complica a gusto las tabulaciones.

Tomado globalmente el tan particular léxico así formado en torno a personajes, resuena como una música subyacente al sentido, creando sentido antes del discurso que ordena; de acá proviene quizás el carácter poético de esta obra, que no es un asunto de estilo sino más bien de creación de inteligibilidad. “Hablo a muchas voces”, dice con frecuencia Michel Serres; es precisamente en esos momentos cuando la inteligencia —la comprensión de las cosas—

se manifiesta con más agudeza, como si esta polifonía fuese por sí mismo una explicación. La que en ningún caso es una reducción; el sujeto que habla a muchas voces es también múltiple y diverso como aquello de lo que habla. Para hablar verdadero se requiere decir muchas cosas a la vez; para descubrir algo es menester difractar la palabra, descentrarse. De hecho, Michel Serres nunca pertenece a los dominios donde interviene ni se limita a sus conceptos explícitos. El pensamiento es esa distancia que conecta.

Anticipaciones

Comunicación

“El ruiseñor milanés va a desposar un viejo lobo de mar”

Tan pronto dice, tan pronto hace, o casi; los telegramas de felicitación afluyen a la mesa del capitán... La información crea el acontecimiento simplemente doméstico acá. El siguiente álbum mostrará que también fabrica la política, puesto que los anuncios televisivos del general Tapioca producen un complot internacional salido de Molinsart y que desplaza, real y físicamente a los cómplices hasta San Theodoros.

Amigo y cómplice de Hergé, Michel Serres encuentra en él confirmación de lo que él anuncia desde el *Hermes I: la comunicación*: nuestro tiempo ya no es el de la producción sino del transporte, de la circulación de las energías, de los bienes y del sentido. La información: el hacer saber cuenta más que el hacer (y a menudo, más que el saber hacer); el poder está del lado del anuncio, de la mediatización y este poder no encuentra contra-poder. Desde el primer *Hermes*, luego en *El parásito (1980)*, los *media* son la mejor y la peor de las cosas. Al poder comunicar todo y poco importa qué, el canal se deprecia; la cantidad finita por trivializar la novedad o igualar lo inconmensurable. En situación extrema, la comunicación corre el riesgo de uniformizar en detrimento de la variedad, de la mezcla, del mestizaje que son factores de novedad; ved “el Hermafrodita, los Cuerpos mezclados”, la figura de arlequín con su vestido múltiple. ¿Recuerda Michel Serres la lección leibniziana de que la comunicación óptima no es el unísono sino una armonía saturada de diferencias?

Hermes reina por todas partes, para lo mejor también, pues la comunicación multiplica el saber en la invención y en la difusión. La importación de modelos, de una ciencia a otra, produce conocimientos; por ejemplo, las ciencias del lenguaje para la genética. El tercero-instruido con su programa pedagógico, asume los resultados de los “Hermes”, para la investigación y para la formación de los individuos, para promover un cambio de sociedad, indispensable contra las derivas del modelo actual. Permite comprender que es urgente aliar las ciencias

exactas a las humanas. Estas dominantes debido a sus brillantes resultados desde comienzos del siglo XX, en la imagen del saber y de la sociedad, ya no son suficientes ya para pensar ni al uno ni a la otra, ni su relación debido a que nuestras sociedades en la actualidad son dependientes de las ciencias exactas y los problemas éticos y políticos brotan de ahí.

Hermes I: la Comunicación (1985) es contemporáneo del libro que colocó a Michel Serres entre los más grandes leibnizianos, ante todo porque el análisis está a la altura de la obra. Esta ofreció en los modelos matemáticos de un sistema que solo se ocupa de comunicación (en el ser y el conocer) las herramientas propias para indicar, luego para comprender los fenómenos nuevos que trastornan nuestros saberes y nuestro mundo. Redes, conexiones, vínculos, existencias, transportes, ruidos, signos, singularidades, multiplicidades, traducciones; todos estos términos que son de topología y de información, explican el mundo leibniziano como designan el nuestro, con la única diferencia de que el primero es armónico y normado por un punto fijo situado por fuera de él. Sin embargo, también para Leibniz el mejor es el que comunica óptimamente; a la vez el mejor de los mundos posibles. Parece que hemos renunciado a la primera exigencia en beneficio de la segunda; el más posible para la dirección (por todas partes), la cantidad (todo y todos), y la velocidad (casi instantáneamente). El espacio de la red está por todas partes y en ninguna parte, libre de todo constreñimiento, pleno y presente en todos los puntos formatea el mundo real. “Los Hermes, la leyenda de los ángeles, Atlas” se hacen anunciadores y testigos de esta adquisición o de esta elección, en todo caso de este cambio en la circulación de los valores, de los mensajes, de las personas y en la multiplicación de las relaciones entre los individuos. El concepto de parásito y los modelos de la antigua angelología permiten comprender el giro negativo de la hipercomunicación: la redundancia que anula la información, los parásitos que interceptan la comunicación, la publicidad que devora su objeto, la circulación que destruye el paisaje, etc. Los buenos ángeles son discretos, el mal ángel quiere todo el lugar. *Hominescencia* (2001) y los libros que le siguen toman la exacta medida de nuestras adquisiciones y nuestras escogencias, utilizando el patrón correspondiente a las grandes mutaciones del género humano; un cambio de soporte tan radical concierne a la hominidad misma, a los individuos y al concepto mismo de sujeto, a los colectivos, a los objetos que ellos inventan y a la relación con la naturaleza.

Cuestiones de derecho

El contrato natural (2004) no es un libro de ecología. Si se anticipa a algunos temas de acá en adelante de moda, para lo mejor o para lo peor —inquietud real o propaganda electoral—, él se sitúa río arriba de los discursos frecuentemente poco informados que hablando de entorno o de nichos ecológicos, ponen

en guardia contra los golpes que les propina el hombre técnico desde hace al menos dos siglos. Pues la cuestión ya no se plantea en esos términos, y debe ser planteada de nueva forma.

Por esto la reflexión ancla en un tratado filosófico del sujeto y del objeto, de su vínculo. Midiendo la mutación radical de la relación de los hombres con la naturaleza, inventa una nueva y necesaria modalidad de relación construida sobre el modelo jurídico de un contrato, explícito, aunque no escrito ni enunciado por las partes.

De acá proviene un análisis instruido y fecundo de la relación de la ciencia y del derecho, que en suma son los dos lenguajes fundadores de los colectivos humanos y de su aprehensión de las cosas, de su apropiación también, dos maneras de estatuir sobre las relaciones. De acá en adelante conviene que evidentemente las cuestiones de ciencia y derecho están indisolublemente ligadas. Hace ya quince años, *El contrato natural* (2004) indicaba las razones y trazaba las vías de una nueva alianza.

Allá también el filósofo constata, o más bien: discierne y define los elementos, los acontecimientos que cambian radicalmente las condiciones del pensamiento.

Nueva “revolución copernicana”. De ahora en adelante es falso hablar en términos de entorno, pues el hombre ya no está situado en el centro de un sistema de cosas que gravitan en torno de él (modelo de conocimiento y de dominación inadecuado hoy). Más bien vale decir que el centro está por todas partes y la circunferencia en ninguna, en razón de un sistema creciente de interacciones, que aquí y allí (y a término ¿por todas partes?) se da vuelta contra los actores. Esto se saca de la lección de *El parásito*: la buena relación es la simbiosis, pues quien mata a su hospedero muere a su vez. La enunciación del derecho de hospedaje: primera aparición del contrato natural, ya inscrita, no conceptualizada, en la relación de las fuerzas humanas y naturales.

Nueva definición de los objetos: los artefactos humanos rebasan de aquí en adelante un tamaño crítico (las megalópolis, la bomba atómica), lo que los hace equivalentes a las cosas naturales, accediendo por su dimensión, peso, impacto, al estatuto de objeto físico, de cosa del mundo. *Hominescencia* afinará el concepto de “objeto-mundo”, con sus pseudo-objetos que son de alguna forma cuasi-sujetos, porque actúan e interactúan en nuestro nombre ciertamente, pero quizás también (esto es lo más grave) en nuestro lugar, por no decir: a pesar nuestro: la internet, los satélites, los residuos nucleares. La relación del hombre con el mundo es de ahora en adelante la “equipotencia”; se impone entonces un cambio de conducta, puesto que los efectos inducidos por los colectivos humanos cuentan hoy en el balance de los efectos físicos, como aquellos no dominados. En este punto preciso aparece la necesidad de un contrato natural, siendo la

relación contractual la única habilitada para regular pacíficamente un conflicto entre iguales. Contrato global puesto que ya no es el momento de actos o efectos locales, por la potencia de los medios en el tiempo como en el espacio.

Lo que hace a esta solución concebible —pues se objetará que no se puede contratar con un objeto— es que se trata en el fondo de un asunto de conocimiento. Entendemos por ello no estrictamente la constitución de un saber sobre un objeto, sino la aprehensión de este como portador de información, soporte de un sentido posible objetivo para el sujeto que lo aprehende. Ahora bien, esta relación, esta correlación, Michel Serres nos ha hecho comprender que la ciencia —en su principio, pero esto también se lee en su historia— la ha constituido siempre previamente al saber como condición y garante de este. Él dice que el derecho precede la ciencia. Esto significa que el trabajo científico contiene implícitamente un discurso de tipo jurídico que da un estatuto a su objeto. Los geómetras se ponen de acuerdo sobre el triángulo, es decir, le conceden propiedades esenciales que le pertenecen de derecho, que él podría reivindicar como propias; no tenemos el derecho de decir de él cualquier cosa. Esto parece evidente y fácil, puesto que las figuras abstractas no tienen ser sino por su definición; pero lo mismo ocurre con los físicos y sus objetos, el caso es más interesante por el hecho de que el objeto es ante todo una cosa del mundo que existe en la naturaleza independientemente de las decisiones humanas. Se ve que el contrato natural es la duplicación de un contrato social; el mismo contrato que constituye al colectivo científico lo compromete con respecto a su objeto, que de repente de forma indispensable, se vuelve él también el término activo de un contrato.

¿Quiere esto decir que los colectivos humanos se encontrarían en peligro si descuidan demasiado el contrato natural subyacente al contrato social? En efecto, Michel Serres extiende a lo político y a lo religioso el mecanismo del redoblamiento contractual: el mundo, el mundo físico, es el compañero del mundo humano; es una constante de su filosofía el hacer entrar en ella al mundo entero, la tierra, las aguas, el fuego y las nubes. ¿Y cómo no ver la urgencia cuando la ciencia (relevada por una tecnología falla y sin piedad) produce objetos a escala del mundo? Objetos pues capaces de sustituir los del mundo, producidos pero que al mismo tiempo producen nuevamente el mundo; se requeriría que ella firme un contrato consigo misma, nueva versión, esta vez jurídica, de la vertiginosa *causa sui*...

La hominescencia

En la época de los *Modelos matemáticos* (año), de los “Hermes”, de *El nacimiento de la física* (1977), la universidad reconocía a Michel Serres como uno de los

suyos, un poco turbulento, ciertamente, pero profesor al fin y al cabo, brillante comentarista. ¡Pero, *Los cinco sentidos*, *El parásito*, *Roma*! Estos dos últimos trataban de manera altanera textos conocidos. En cuanto a los que siguieron, ni la enseñanza ni la investigación le sacarían provecho... El interés creciente del filósofo por la literatura fue mal recibido —sin embargo, “solo la filosofía tiene el poder de demostrar que la literatura va más lejos que la filosofía”—, así como también su cambio de estilo y de referencias.

Es necesario captar por qué luego de haberse ensayado en el relato —*Desapego*, *La leyenda de los ángeles*, *Noticias del mundo*, *Relatos de humanismo* y finalmente *Biogea*— Michel Serres concibe la filosofía, la que nos concierne y que es necesario inventar bajo la forma de un gran relato. Más que una forma literaria, este modo de expresión es una manera de comprender y pensar acorde con el nuevo rostro del saber.

El conocimiento tuvo durante mucho tiempo por ambición la unificación de lo real bajo las leyes necesarias, la investigación de estabildades. Dominó así lo diverso y lo cambiante, modelizando subrepticamente el orden del tiempo bajo el del espacio; Meyerson hizo el balance de ese estado del saber en momentos en que Bergson salía de él. Michel Serres luego de haber rediseñado a su manera la red enciclopédica, inaugura en su *Elogio de la filosofía* en lengua francesa un nuevo recorrido. Como un agrimensor que evalúa las capacidades de un terreno, él establece (cruzando muchos relatos de ciencias sin preocuparse por la cronología) las bifurcaciones que han tomado, impuesto, olvidado o perdido, o por el contrario reactivado las matemáticas y la física (y la filosofía con ellas); esto arroja subyacente a la historia legible en el tiempo lineal, una historia discontinua en la que sobre salen los elementos de donde emergió finalmente nuestra modernidad. Ahora bien, la historia así contada es todo menos necesaria; de una secuencia a la otra, ninguna consecuencia; nada de hilo deductivo, sino una serie caótica de emergencias cuyo relato global produce un efecto de inteligibilidad. Los libros históricos *Génesis*, *Roma*, *Estatuas*, luego los *Orígenes de la geometría*, buscaban ya en el corto término de la historia humana una filosofía del tiempo, sustituyendo la vana cuestión del origen por la idea del recomienzo múltiple de las fundaciones. *El elogio de la filosofía* establece un señalamiento de los acontecimientos o circunstancias donde apareció tal invención, tal intuición, decisivas en el orden de lo posible, de un futuro contingente radicalmente nuevo. Estos acontecimientos que son como bifurcaciones, el autor los llamará más tarde “ramas”, término que envuelve la idea del tiempo, del engendramiento, la emergencia de una serie que advendrá en razón de las circunstancias, no necesaria, puesto que el otro camino de la bifurcación ha podido también antes o en otro lugar, llevarse a cabo.

Es a partir de *Hominescencia* que el método procedural encuentra su sentido pleno y su eficacia, cuando se aplica a un tiempo muy largo de la historia, no de la humanidad sino de lo humano, porque al hacerlo permite comprender el mundo contemporáneo e invita a un nuevo humanismo. Para leer adecuadamente nuestra época es necesario cambiar de escala en el tiempo como en el espacio, y ante todo percatarse de lo que es nuevo en el saber: técnicas de datación que permiten remontar hacia el pasado cada vez más lejos, por tanto, identificar las cosas por su nacimiento. Michel Serres data así la actualidad como un renacimiento de la especie humana o un nuevo comienzo, por encargarnos de la evolución. Entonces su filosofía cambia también de estilo al convertirse en relato de la contingencia; y de referencias, abandonando las matemáticas y la física por la geología, la cosmología, la biología, la paleoantropología. Las ciencias humanas que a comienzos del siglo XX han renovado nuestro pensamiento del hombre son de aquí en adelante demasiado breves, y deben a su vez renovarse anclándose en una historia de antes de la historia: el “Gran Relato” de la hominización.

Relato que en lo que concierne al género humano único en su género, y por todas partes idéntico bajo sus especies culturales, es el de algunos gestos asignables (en el fondo bastante raros) que le han dado un curso radicalmente nuevo al estado de cosas. Es ahí precisamente que es necesario ser perspicaz y no equivocarse de medida; pues si le es cómodo al historiador de las ciencias levantar el catálogo de las invenciones, del sílex a la internet pasando por la máquina de vapor o el acelerador de partículas, le incumbe al filósofo comprender en qué escala conviene pensar los acontecimientos. ¿Qué es lo que constituye la serie, cuál es la continuación, caótica, contingente, de las novedades commensurables entre ellas e incommensurables con otras? Por ejemplo: las biotecnologías marcan un corte de importancia porque ellas dominan la mutación, como actuaba la domesticación de algunas especies para la selección. Ahora bien, el dominio de las mutaciones y la evolución darwiniana no es un simple progreso científico de nuestro siglo con respecto al precedente, sino una verdadera mutación en la historia de la hominidad e incluso del viviente. Otro ejemplo: la internet, incomparable con las precedentes técnicas de comunicación porque produce un sujeto sin sitio, omnipresente e instantáneo, independiente del espacio y del tiempo. Bajo la aparente continuidad del progreso —porque ellas son consideradas en lo que se llama la actualidad, sometidas como están a la economía y a la política del día—, esas novedades desplazan en realidad placas profundas; están a la escala del mundo mismo no de la historia.

Los objetos del relato contemporáneo se caracterizan por su potencia: bomba atómica, centrales nucleares, internet, megalópolis, satélites... ¿Cómo llamar “objetos” a artefactos capaces de efectos globales sobre el planeta y

sus vivientes, qué sujeto puede ser su correlato? Esas cosas que conciernen a la humanidad tomada globalmente (que ella lo quiera o no), que son posibles y se harán (gústete o no le guste), plantean seguramente un problema ético, pero ante todo lógico y jurídico: ¿De quién son ellas atributos? ¿Quién tiene derecho sobre ellas? Como para la naturaleza, se necesitaría pensar aquí en un contrato que inventaría un “sujeto-mundo” frente a los objetos-mundo. Es en este punto donde la filosofía debe comprometerse con el tiempo, no como Sartre en el tiempo corto de la escena política sino en el de la hominencia que se dibuja actualmente. Lo puede hacer desde el instante en que la especie humana está en vías de “auto-evolución”, pues paradójicamente su tarea nunca ha sido tan simple, ya que la evolución al escapar al juego del azar y la necesidad así como a las lentitudes de los procesos naturales, la cuestión del hombre está de alguna manera definida y previsible; lo debe hacer para evitar una nueva barbarie, porque cada recomienzo (la historia humana lo ha mostrado antaño, y lo constatamos en la actualidad) es sacrificial y despierta los peores arcaísmos.

Ahora bien, del balance contemporáneo surge la posibilidad de un nuevo humanismo fundamentado en dos nociones que hasta aquí estaban cargadas de ideología la primera, y de idealismo la segunda. La paleoantropología y la genética autorizan un concepto de *Naturaleza humana* por fin definido sin ideología, que muestra que hay una sola especie de hombres, que todos tienen el mismo origen y la misma evolución biológica, en suma la misma edad. Cada hombre lleva verdaderamente consigo la forma entera de la humana condición. Por otra parte, si el genio genético y las biotecnologías hacen salir la especie humana de la evolución natural, el universal humano se vuelve construible y bajo la responsabilidad de los propios hombres. Si las culturas diferencian, ¿cuáles prácticas, cuáles saberes y cuáles técnicas pueden y deben volverse el patrimonio universal de todas con el fin de que el concepto de hombre no sea ni una impostura ni una utopía? Porque los medios y artefactos son a escala del mundo, y por este hecho conciernen a la humanidad misma, cada hombre se vuelve sujeto entero de los predicados de “el hombre” que ellos producen. Esto plantea doblemente la cuestión ética: deontología en la investigación y sus aplicaciones, difusión de conocimientos y recursos. Lo universal no es una idea de la razón, sino un efecto que se sigue del nuevo estado de las cosas humanas; ¿tomará el rostro de una ciega mundialización, o del humanismo tercero-instruido que practica Michel Serres desde cuando escribe?

El tiempo

De esta obra surge una extraña y bella filosofía del tiempo.

El filósofo historiador de las ciencias se ha burlado todo el tiempo, o al menos nunca le ha hecho caso a las teorías que cursan en las escuelas: continuidad,

revolución, ley de los tres estados, cambio de paradigma, corte epistemológico... Las figuras del tiempo —el que pasa, el que hace— toman prestado con gusto sus características del espacio, porque el tiempo es pensado como la emergencia de una diferencia, o como la acumulación de diferencias señalables en un conjunto indefinido (receptáculo, *chôra* del *Timeo*, caos-cuna de Lucrecio, sopa prebiótica, partículas, muchedumbres, datos, etc.). Seguir o sostener el hilo del tiempo como una inmortal Ariadna en el umbral de un laberinto temporal, memoria inextinguible, equivaldría coleccionar lo que singulariza, distingue el antes del después, cumple lo irreversible que solo dura un tiempo, aquel precisamente que inventa. Ahora bien, aquel que pasa, pasa siempre y por todas partes —*incerto tempore incertisque locis*— es decir se repite. Eterno retorno, pero de ninguna manera de lo mismo; el tiempo es el eterno retorno de lo diferente, el retorno, la retoma de lo que diferencia, repetición de un gesto que prohíbe la repetición misma.

Con los últimos “Hermes”, con “Ríos y Turbulencias”, luego “Génesis y Roma” la temporalidad se construye por el trabajo de la bifurcación en el seno de un stock cualquiera; el dibujo en ramas añade a la imagen espacial el concepto de un proceso, de un movimiento que no es un desplazamiento sino un engendramiento por mutaciones reiteradas a partir de un tronco común; toda palabra dotada del sufijo “esencia” designaría los fenómenos de este tipo. Cada rama ha salido de la precedente y todas lo han hecho del tronco, todas difieren entre sí y de aquél. Sin embargo, las últimas guardan la memoria de las precedentes, se distinguen de ellas y las recogen. Ahora bien, este proceso no tiene sino un sentido y es así como crea tiempo, puesto que los antecedentes no conocen los siguientes; se requeriría una providencia donde se apoyaría un tiempo previsible, la necesidad, el determinismo, etc. Pero la filosofía de Michel Serres afirma la contingencia, mejor aún, contra todos los usos engendra lo necesario a partir de lo contingente, siguiendo aún la lección de Lucrecio. Los átomos se encuentran al azar, pero una vez formados los enlaces, se mantienen como por medio de pactos indisolubles; esto se dice en Lucrecio tanto como hoy, de lo inerte como de lo vivo en ciencias exactas y humanas. El esquema propuesto en “Ramas” muestra cómo la repetición de un mismo operador, la bifurcación inaugura cada vez una diferencia, de donde se sigue un nuevo formato en el cual de nuevo la retoma de la bifurcación re-formatea el todo... *et ita in infinitum*. Resurgencia: cada rama echa cogollos. Así se escribe la historia, siempre nueva y continua, porque las grandes mutaciones, parece ser, se producen invariantes por variación en puntos de bifurcación análogos que surgen contingentemente de necesidades del mismo orden. Ejemplo inesperado pero pertinente, venido de las ciencias humanas: Michel Serres subraya (como nudo de hominescencia en la era del cristianismo, en el momento de una gran mutación del mundo romano) la singularidad de la “sagrada familia” que deconstruye los lazos ordinarios del parentesco, liberando las relaciones humanas de los arcaísmos de la genealo-

gía natural como de las pertenencias tribales y raciales; esta universalización era necesaria a la expansión del cristianismo. ¿No reitera nuestra sociedad actualmente una bifurcación equivalente al ampliar las nociones de familia y de herencia por la integración en el espacio social y jurídico de relaciones privadas sin relación con el parentesco, con la nación, con la raza? Este nuevo formato trabaja como el precedente por la universalidad contra relaciones de orden que se reclamarían de necesidades naturales o culturales; regresa por medio de este gesto, una diferencia del mismo tipo que abre, como hace dos mil años, un nuevo tiempo. No se trata acá de fe ni de creencia, sino claramente de saber y de interpretación; Hermes trabaja todo el tiempo en las conexiones. Otro ejemplo tomado de las biotecnologías: análogas (pero inconmensurables) por su impacto y su significación son las dos bifurcaciones que conocieron el Neolítico y nuestro tiempo, con el dominio de la selección natural para el uno y las mutaciones genéticas para el otro. Forzoso es reconocer la primera bajo la segunda, por tanto, de leer correctamente a esta como la resurgencia nueva de una rama muy lejana: la misma búsqueda de dominación del viviente y de inmortalidad. ¿No se diría que toda novedad reactiva una novedad anterior, análoga por el problema que hay que resolver y diferente por las soluciones posibles, con un tal efecto de promesa ilusoria que se vuelven incomparables? Esta distancia cuenta el tiempo, mejor aún: sería el tiempo mismo.

Porque el tiempo es la recuperación, la reactivación de cambios que hacen mover placas profundas de donde han salido radicales novedades, la filosofía que se considera como perteneciente plenamente al tiempo presente debe reanudar el hilo de las invenciones, reencontrar el motor de la innovación perpetuamente recomenzada, los momentos, los gestos, que han lanzado aquí y allá, el proceso de diferencia. Por esto el conocimiento toma la forma de un relato; no la historia del pasado, sino el parto de la novedad, la inteligibilidad de sus condiciones de emergencia. De acá se sigue la tarea que Michel Serres siempre le ha asignado a la filosofía: la estima del juego de los posibles por una especie de anticipación de las bifurcaciones contingentes y diversas, actualmente abiertas a nuestras decisiones.

Referencias

- Serres, M. (2001). *Hominescence. Essais. Paris: Le Pommier; Hominiscencia, (trad. Jorge H. Márquez, Medellín, 2003).*
- Serres, M. (1991). *Le Tiers-instruit*. París: F. Bourin. (trad. L. A. Paláu. Medellín, 1997).
- Serres, M. (1968). *Hermès. Vol 1. La Communication*. Paris: Minuit, 1968. (1ª tr. al español de L. A. Paláu. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1992).
- Serres, M. (1977). *Hermès IV: La Distribution*. Paris: Minuit.

- Serres, M. (1995). *Eloge de la philosophie en langue française*. Paris: Fayard.
- Serres, M. (1977). *La Naissance de la physique dans le texte de Lucrece: Fleuves et turbulences*. Paris: Minuit.
- Serres, M. (1983). *Rome: Le livre des foundations*. Paris: Grasset.
- Serres, M. (1982). *Genese*. Paris: Grasset. (trad. L. A. Paláu, Medellín, 1992).
- Serres, M. (1980). *Le Parasite*. Paris: Grasset.
- Serres, M. (2004). *El Contrato natural*. Valencia: Pre-textos.
- Serres, M. (1968). *Le Système de Leibniz et ses modèles mathématiques*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Serres, M. (1983). *Détachement: apologue*. Paris: Flammarion.
- Serres, M. (1993). *Légende des anges*. Paris: Flammarion. (trad. Paláu. Medellín, año sabático, 1996).
- Serres, M. (1997). *Nouvelles du monde*. Paris: Flammarion.
- Serres, M. (2006). *Récits d'Humanisme, Paris: Le Pommier*. (tr. L. A. Paláu, diciembre de 2007).
- Serres, M. (2010). *Biogée*. Paris: Dialogues.fr. (tr. Paláu, Medellín, noviembre-diciembre de 2015)